

Joan Martínez-Alier, Héctor Sejenovich
y Michiel Baud

Capítulo 1

EL AMBIENTALISMO Y ECOLOGISMO LATINOAMERICANO

INTRODUCCIÓN

América Latina es un continente dotado de significativa riqueza. Se estima que la existencia de recursos naturales sobrepasa cuatro veces el porcentaje que le corresponde a su población en el mundo, lo cual faculta a este territorio para abastecer sobradamente las necesidades de su propia población. Las métricas de la “huella ecológica” y de la HANPP (apropiación humana de la producción primaria neta de biomasa) dan en conjunto resultados favorables comparados con los de continentes más poblados. Económicamente, en algunos países, el crecimiento económico basado en exportaciones de recursos naturales y las políticas redistributivas de las últimas décadas han hecho disminuir la pobreza absoluta pero hay una gran desigualdad no solo en la distribución del ingreso sino en el de la riqueza. Se presenta un dilema. Continuar una inserción extractivista en la economía mundial que por cierto genera grandes pasivos socioambientales que no son incluidos en las contabilidades económicas, o por el contrario avanzar hacia un post-extractivismo basado en ideas propias como el Buen Vivir. Este dilema actual tiene una larga historia por detrás.

La historia socioambiental nos muestra insatisfacción de necesidades humanas y al mismo tiempo la degradación de una parte importante de la naturaleza. Las poblaciones originarias han sido en

algunos lugares desplazadas, en otros totalmente destruidas y en otros aculturadas. Los conquistadores españoles y portugueses ocuparon los territorios motivados principalmente por la búsqueda de metales preciosos. Más tarde, el capital extranjero o nacional aumentó sensiblemente la afectación a la sustentabilidad de los recursos naturales, cuyo uso no ha considerado los tiempos de renovación. Coherentemente con ello, ni los recursos renovables ni los no renovables fueron reemplazados por otras riquezas.

Inicialmente, la población se redujo drásticamente por la misma explotación a que fue sometida y principalmente por el contagio de enfermedades. De una estimación de 140 millones al año 1500, se registran 60 años después solo 40 millones (Tudela, 1990), una debacle poblacional experimentada fundamentalmente en la costas marítimas.

La historia ambiental de América Latina puede interpretarse a lo largo de los siglos tras la Conquista como una serie de *booms* exportadores centrados en una u otra *commodity*. Así, la exportación de guano de Perú (que no era un metal precioso sino una *bulk commodity*) fue de unos 11 millones de toneladas durante 40 años, desde 1840 a 1880, con base en la explotación de trabajadores chinos endeudados. El guano era un producto orgánico (excrementos de las aves). Con el triunfo chileno en la Guerra del Pacífico y la incorporación de Antofagasta y Tarapacá, Chile se convirtió en el principal productor mundial de salitre, que es un mineral. Esto provocó un auge económico nunca antes visto. La exportación de salitre de Chile creció hasta 1914 y se mantuvo hasta la crisis de 1929, oscilando entre 1 millón y medio y 3 millones de toneladas anuales.

En las últimas décadas del siglo XIX y principios del XX la región vivió el auge dramático de la agricultura para la exportación. Nuevos productos como el café, cacao y el banano y productos más tradicionales como el azúcar cambiaron el contexto económico y ecológico de grandes regiones de América Latina y las vidas de grupos considerables de su población. La frontera agraria se expandió y grandes territorios, muchas veces en el interior de las nuevas repúblicas, fueron deforestados y ocupados por nuevas formas de agricultura. La expansión del café en Antioquia en Colombia y el cacao en el interior de Ilheus en el Noreste de Brasil han sido ejemplos icónicos, tal como el hule y el henequén en el sur y sureste de México, el sector bananero en Centro América, Colombia y Ecuador y la ocupación de las pampas en Argentina y el sur de Brasil. Esta expansión de la frontera agraria fue acompañada por unas ideologías de progreso e incorporación de las nuevas elites empresariales y una fuerte dependencia del mercado internacional. La expansión agraria continúa hoy en los inmensos te-

territorios del Chaco y en el Cerrado, la ganadería invadió nuevos espacios en la Amazonía, en los Llanos del Orinoco y en el sur de México.

En los inicios del siglo XX, empezó el crecimiento de la industria petrolera en Venezuela y México, causando trastornos ecológicos y sociales de dimensiones insólitas hasta aquel momento (Santiago, 2006). Este proceso continúa hasta hoy día. Los cálculos en tonelaje de la extracción de materiales y de las exportaciones (West & Schandl, 2013) muestran una multiplicación por cuatro desde 1970 hasta 2010¹. Como ejemplo, Venezuela exporta al año unos 120 millones de toneladas de petróleo sin visos de que una tecnología alternativa vaya a sustituir el petróleo en la economía mundial. Recientemente, con la emergencia de la economía china la extracción de recursos naturales (no solo minerales y petróleo, sino también productos agrarios como la soja) ha crecido de manera extraordinaria. El gobierno de Uruguay está pensando en exportar 18 millones de toneladas al año de mineral de hierro del proyecto Aratirí. Mientras, Chile exporta 5 millones de toneladas de cobre al año para lo cual requiere una remoción de tierra y producción de escorias cien veces mayor, y un gran insumo de energía. Colombia exporta al año casi 100 millones de toneladas de carbón. Brasil llega a 400 millones de toneladas anuales de exportación de soja y mineral de hierro.

Esta historia reciente, más la memoria histórica, ha marcado un pensamiento ecologista en América Latina con los rasgos específicos señalados a continuación, que en parte coinciden y en parte divergen de los de otros continentes.

- La conciencia del desastre demográfico tras la conquista y por tanto un rechazo generalizado hacia el enfoque malthusiano sobre el problema de la sobrepoblación.
- Un orgullo agroecológico presente especialmente en Mesoamérica y los Andes (y ausente en Estados Unidos).
- Una admiración compartida entre la ciencia europea y americana (desde 1800 con Alexander von Humboldt) por la gran riqueza biológica del continente en sus diversos ecosistemas, junto con programas de conservación desde el siglo XIX.
- Una conciencia viva de la inequidad política y económica mundial y el consecuente saqueo de los recursos naturales de la región. Esta conciencia corre desde la explotación colonial hasta la época actual.

1 En el capítulo 2 de este libro pueden consultarse estadísticas del metabolismo social.

- Desde la década del ochenta, una creciente conflictividad socioambiental que dio lugar al “ecologismo popular” con redes de activistas denunciando la extracción de recursos naturales y la destrucción de bienes comunes.
- La vigencia de antiguas cosmovisiones indígenas, el culto a la Pachamama reconocido en algunas Constituciones, el respeto por la naturaleza en cultos afroamericanos y las aportaciones de la Teología de la Liberación. También, en el plano cultural, la presencia de la ecología en la literatura del siglo XX.
- El rechazo por los gobiernos latinoamericanos –desde Estocolmo en 1972 en adelante– de la idea de límites al crecimiento, definiendo una agenda propia que propone distintos “estilos de desarrollo” aunque aceptando finalmente un confuso “desarrollo sostenible”.
- Recientemente, un nuevo ecologismo político latinoamericano que se abre paso entre el neoliberalismo y el nacionalismo-popular, recurriendo a conceptos como racionalidad ecológica productiva, deuda ecológica, justicia climática, justicia hídrica, los derechos de la naturaleza, el post-extractivismo, el post-desarrollismo y el Buen Vivir.

1. LOS INICIOS

La población americana sufrió una caída enorme en el proceso de la colonización española. Este es uno de los fundamentos del pensamiento ecologista latinoamericano que no tiene paralelo en otros continentes, excepto en Australia y unos otros pocos lugares del mundo (Islas Canarias, Hawái) donde se dio un fenómeno parecido. La pérdida de población nativa y su lenta sustitución por población inmigrante en las Neo-Europas (como las llamó Crosby, 2004) y más tarde también en los trópicos húmedos, debe ser entendido como un tema tanto biológico como militar. Los conquistadores llegaron a nuevos territorios en busca de riquezas. No tuvieron mucha misericordia de la población nativa y, sin querer pero sin retroceder, la contaminaron con nuevas enfermedades mortales. La despoblación en el primer siglo tras la conquista no se dio solamente al llegar Hernán Cortés y Francisco Pizarro a los antiguos imperios de México y los Andes (o incluso antes de que llegaran, pues la muerte viajaba más rápido) sino que tuvo carácter general. La arqueología de la Amazonía hoy en día corrobora la existencia de densidades de población mucho más altas que las que hubo durante varios siglos posteriores a la Conquista. Había habido ya colapsos de imperios y tal vez de poblaciones antes de la Conquista, como en el territorio maya, pero lo sucedido en la demo-

grafía americana tras 1492 no tenía precedente a escala continental en la historia humana. La población americana, que era comparable en dimensión a la europea de la época, cayó tal vez en un 80 por ciento.

La baja densidad de población en América (con excepciones como El Salvador y Haití), quita relevancia a uno de los principales argumentos ecologistas. No hay en América Latina sobrepoblación como la hay en parte de Europa (con densidades de hasta 300 personas por km² en Alemania, Italia, Inglaterra) y como la hay en la India y Bangladesh. En América, el incremento de la población fue más tarde una política explícita de los gobiernos modernistas. En este sentido, el dicho del argentino Juan Bautista Alberdi, “gobernar es poblar”, es simbólico para el pensamiento de las elites latinoamericanas de la época. Mucho más tarde, en la época de la dictadura militar (1964-1986) el Estado brasileño llamaba en sus delirios geopolíticos al incremento de la natalidad para poblar la Amazonía ante las amenazas extranjeras. Así, en América, la ecología y la demografía cambiaron muy rápidamente con la Conquista. Bajo el dominio de una sola dinastía, los Habsburgo, durante los primeros 200 años, hubo enormes cambios ecológicos y demográficos. Llegaron especies invasoras (Melville, 1999). Un factor no menor fue la expansión minera en algunas regiones como Potosí, Zacatecas y también en Minas Gerais, con el efecto inducido de trasiego y gran mortandad de población y con la contaminación por mercurio (azogue). Más tarde, las fronteras de la extracción y casi siempre, al mismo tiempo, de la deforestación, ya no serían solamente las regiones de minería de plata u oro, sino las de caña de azúcar en las Antillas y nordeste de Brasil y, más tarde, las regiones de exportación de café, caucho, maderas como la caoba y el quebracho, carne, bananos, soja, cobre, petróleo y carbón, mineral de hierro y bauxita. Hasta el gas de esquisto hoy en día en la Patagonia y otras zonas.

2. EL AMBIENTALISMO CONSERVACIONISTA

A pesar de los cambios antropogénicos sucedidos antes y después de 1492, América continuó conservando una inmensa diversidad biológica en muchos de sus diversos ecosistemas. La Amazonía apenas había sido explotada antes de la vorágine del caucho a finales del siglo XIX. Esa enorme riqueza biológica había llamado la atención de investigadores europeos como Alexander von Humboldt (1769-1859), un científico ilustrado y a la vez romántico. Sin sus investigaciones en la parte del mundo que vino en llamarse el “Neo-Trópico” entre 1799 y 1805 no se hubiera desarrollado la biogeografía tal como lo hizo, es decir, el estudio de la distribución geográfica de plantas y otras formas de vida. Su ilusión, que no se concretó, era regresar a la América republi-

cana e independiente y dirigir, desde México o desde la cordillera de los Andes, una academia con correspondientes científicos desde México hasta Patagonia.

Entre otras muchas actividades de difusión de la ciencia y auspicio de investigaciones, Humboldt le escribió el 29 de julio de 1822 desde París una carta a Bolívar (a quien había conocido personalmente en 1805) presentándole a los jóvenes Boussingault y Mariano de Rivero, expertos en minería. Mariano de Rivero se lamentó en años posteriores del desperdicio de las rentas del guano y pensaba en lo que ahora llamamos una política de “sustentabilidad débil”. Esas rentas, de un producto renovable exportado a un ritmo que llevaba a su agotamiento, debían invertirse en empresas que dieran rentas permanentes. Esta propuesta se parece a la que después planteó Uslar Pietri en Venezuela en 1936, bautizándolo como la política de “sembrar el petróleo” (Martínez-Alier y Roca, 2013: 116-7).

Así como Humboldt describió la geología, los volcanes, la biogeografía y la riqueza de especies de los territorios americanos que visitó durante cinco años, en la ciencia de la evolución biológica América Latina tiene, algo más tarde y gracias a Darwin, un puesto privilegiado. Su explicación del origen de las especies debe mucho a su viaje a América en la misión del Beagle (desde 1831 a 1836) para recopilar materiales y discurrir ideas que con el tiempo, tras la crucial estancia en Galápagos, le harían expresar su asombro por la cantidad de criaturas autóctonas (es decir, especies endémicas) cuando las islas solo existían desde un período geológicamente reciente. Observando los *finches* (los pinzones), y las variaciones en el tamaño y forma de sus picos que los eco-turistas continúan comentando hoy en día, concluyó que de una sola raza de pájaros llegada y establecida en el archipiélago, otras especies habían surgido mediante su adaptación a fines específicos.

El vocabulario actual sobre la evolución y la conservación de la biodiversidad, nuestra alarma sobre la Sexta Gran Extinción (la primera que es obra humana), el sentimiento de desperdicio, de vergüenza y de horror cuando uno piensa que los humanos estamos haciendo desaparecer millones de especies de seres vivos que evolucionaron lentamente en la naturaleza, todo eso nace, entre otras fuentes, de esas observaciones de Darwin. Y también Alfred Russel Wallace viajó por América –sus colecciones de especies se perdieron en un naufragio. Un personaje notable fue Florentino Ameghino, un temprano paleontólogo argentino que coleccionó fósiles en la Pampa en una perspectiva evolucionista.

Sudamérica fue pues crucial en la historia de la evolución biológica y también lo ha sido en la historia de la química agraria y en el desarrollo de la idea del “metabolismo social”. Hacia 1840, Liebig,

Boussingault y otros científicos, basándose en análisis del guano de Perú y otros fertilizantes, determinaron que las plantas necesitan tres nutrientes principales, fósforo, potasio y nitrógeno. Debería caminar-se de una agricultura de expoliación a una agricultura de restitución. Las propiedades fertilizantes del guano eran conocidas por los anti-guos habitantes del Perú pero no habían sido descritas y analizadas en el lenguaje de la química. El guano tuvo una importancia global. Se exportó como fertilizante pero sirvió también de abono para la mente de los químicos agrarios (Cushman, 2013; Gootenberg, 1993).

Los distintos biomas han tenido también sus investigadores icó-nicos. El bosque seco tropical del Chaco fue estudiado por el gran ecólogo Jorge Morello (1932-2013) que auspició la excelente investi-gación colectiva en la Universidad de Buenos Aires y ocupó un corto tiempo el cargo de director de Parques Naturales con el gobierno de Raúl Alfonsín. En la historia ecológica y política argentina, la tala de quebracho colorado para durmientes de ferrocarril y para la exporta-ción de tanino para curtiembres (por la empresa británica La Forestal) en Santa Fe y el Chaco en los primeros 40 años del siglo XX, tiene un papel notable. En Argentina ha existido un activo conservacionis-mo desde fines del siglo XIX que consiguió la declaración de varios Parques Nacionales en diferentes ecosistemas. Su pampa húmeda se extiende por más de 50 millones de hectáreas con clima templado, con 1.000 mm de lluvia y sin estación seca, reuniéndose las características ecosistémicas que dan una renta diferencial inmensa que acapararon los terratenientes luego de desplazar o destruir a las poblaciones ori-ginarias. La pampa atrajo inmigración europea de todos los países.

La dedicación de Maximina Monasterio a los páramos andinos ha sido similar a la de Jorge Morello en el Chaco. De familia republi-cana gallega refugiada en Argentina, formada y doctorada en ecología en Francia, con estancias en Bolivia y exiliada en Venezuela en 1966, ha sido figura crucial de la investigación y enseñanza de los páramos andinos desde Venezuela a Ecuador. Hoy en día los servicios ecosis-témicos de los páramos son conocimiento común, criaderos de agua de donde hay que sacar a la gente y a su ganado, pero Monasterio ha estudiado, en sus propias palabras, “desde los frailejones a las papas”, es decir, los sistemas ecológicos y a la vez las condiciones de existencia de las poblaciones humanas.

En México, el biólogo de la UNAM Arturo Gómez Pompa, de la misma generación que Morello y Monasterio (nacido en 1934), traba-jó en ecología de bosques tropicales y en etnobotánica siendo una de las voces más destacadas en la denuncia de la deforestación del sure-este de México. Es conocido por haber encontrado el árbol del chocolate en selvas mayas. Esa idea de la selva cultivada (o la “selva culta” como

Philippe Descola (1986) llamó al bosque de los Achuar amazónicos) es bien importante en el conservacionismo latinoamericano.

El conservacionismo en América Latina ha venido de fuera pero tiene una tradición propia. Usa instrumentos universales y más o menos estrictos como la constitución de Parques Nacionales, la inclusión de humedales o bañados en la lista de la convención internacional Ramsar, las Reservas de la Biosfera auspiciadas por la Unesco. Las áreas naturales protegidas lo han sido, a veces, por impulsos llegados del poderoso conservacionismo internacional. Sin embargo, muchos países con razón reivindican el papel de científicos y administradores locales. Es conocido en Perú el papel que tuvo el ingeniero forestal Marc Dourojeanni en la delimitación de zonas protegidas, ya en el gobierno de Velasco Alvarado hacia 1970, tanto para salvar las vicuñas en la puna como los bosques amazónicos.

En México son recordados personajes de la conservación de 100 años atrás como Enrique Beltrán y Miguel Ángel de Quevedo (Simonian, 1999). En Ecuador, Nicolás Cuví ha puesto en relieve la figura de Acosta Solís, botánico y conservacionista, con un pie en su país y otro en Estados Unidos, investigador ya tardío durante la Segunda Guerra Mundial de los remanentes del árbol de la quina (el árbol que está en el escudo del Perú republicano).

Hace más de un siglo, una parte de la Amazonía sufrió los embates del *boom* del caucho, que afectó muy negativamente a poblaciones indígenas. Sin embargo, el bosque tropical húmedo de la Amazonia de Brasil, el mayor del mundo, está en gran parte preservado con sus cientos de aldeas indígenas en aislamiento voluntario y sus muy altos índices de asesinatos en el “arco de deforestación” por conflictos de tierras. Su principal amenaza es tal vez el cambio climático global que lo podría convertir en sabana. No ocurrió lo mismo con la Mata Atlántica en Brasil ni con los bosques del sur de México y Centroamérica, ni con bosques del sur de Chile y Argentina, destruidos en el siglo XX por los pastizales, los cultivos agrícolas y los monocultivos de árboles como pinos y eucaliptos. José Augusto Pádua ha explicado cómo desde el mismo momento de la independencia de Brasil el estadista José Bonifacio profetizaba la destrucción de los bosques de la costa. También conservacionistas como Alberto Torres (nacido en 1865 en una plantación de Rio de Janeiro que ya estaba en decadencia) lamentaron la destrucción forestal en la marcha hacia el interior (Drummond, 1997; Pádua, 2002, 2010).

Más tarde, el conservacionismo latinoamericano se vio favorecido por el apoyo de los gobiernos que instituyeron en casi en todos los países administraciones de cuencas hidrográficas. El Primer Seminario de Ordenamiento de Cuencas organizado por la FAO y la Universi-

dad de La Plata reunió a los países de la región y del Caribe en 1971. El manejo integral de cuencas desarrolló tanto esfuerzos científicos como movimientos de opinión que luego con las cuestiones ambientales encontraron su real hogar.

También resta comentar que en el movimiento conservacionista de hace 80 años existía ya una importante polémica. Ciriacy-Wantrup advertía que “la conservación en sí no puede significar la abstención del uso”. Este economista de Berkeley anticipó conceptos de sustentabilidad. Su libro principal apareció en 1952 y su traducción (por el economista agrícola Edmundo Flores) publicada en México en 1957 generó un efecto importante en la región. Al mismo tiempo, los avances conceptuales que llevaron a la elaboración y la metodología de la cuenca hídrica del Papaloapan en México en 1960 tuvieron trascendencia.

En resumen, hay un conservacionismo latinoamericano con raíces históricas profundas y con apoyos científicos en la biogeografía y la biología de la conservación, y también en la economía de los recursos naturales y el estudio de cuencas hidrográficas. A diferencia del ecologismo popular y del agroecologismo que analizaremos a continuación, ese conservacionismo tuvo y tiene apoyos poderosos en el Norte, en la IUCN, el WWF y en otras instituciones internacionales, como Recursos para el Futuro de los EE.UU. y la FAO.

3. EL AGROECOLOGISMO Y EL POST-DESARROLLISMO

El orgullo agroecológico andino y mesoamericano (con autores como el chileno Miguel Altieri, el mexicano Víctor Toledo y muchos otros) tiene raíces más antiguas todavía que el conservacionismo pero no se manifestó con fuerza hasta los años 1970 y 1980 –por ejemplo con Pratec en Perú, formado por agrónomos disidentes egresados de la escuela de La Molina donde habían aprendido la simplificación tecnológica y productivista de los cultivos de exportación, azúcar y algodón, que suponía incluso la eliminación de las variedades nativas de algodón de colores. Ellos reaccionaron en contra de esa enseñanza (Grillo *et al.*, 1988). Fueron críticos de la noción uniformizadora de “desarrollo” y a su cargo estuvo la primera edición en español del diccionario editado por Wolfgang Sachs, un clásico del post-desarrollismo (Sachs, 1996). Empezaron a investigar y aplicar las epistemologías agrarias de la Sierra expresadas en técnicas agronómicas propias y en la conservación de semillas de muchas variedades y especies a cargo de campesinas y campesinos indígenas.

El ambientalismo latinoamericano (a diferencia del de Estados Unidos) se ha nutrido muchísimo de las propias prácticas agrícolas ancestrales y del respeto al conocimiento indígena. Los estudios y la práctica agroecológica contemporánea del influyente agrónomo de

Chapingo, Efraín Hernández Xolocotzi (1913-1991), cuya trayectoria (en Estados Unidos y en México) desembocó en una nutrida y competente escuela de etno-ecólogos mexicanos (como Víctor Toledo), ahora inspira un movimiento campesino en pleno siglo XXI en México con el refrán “Sin maíz no hay país”. Víctor Toledo (*La Jornada*, 5 de agosto de 2014) sostiene que la evidencia demográfica muestra que la civilización agraria mesoamericana indígena subsiste y persiste por encima de la tendenciosidad anti-indígena de los censos. Eso no implica ni una idealización ni un romanticismo. “Son esas poblaciones indígenas las principales oponentes al modelo civilizatorio industrial”. La agricultura indígena es una de las principales fuentes del ecologismo latinoamericano, y eso es un rasgo distintivo que al mismo tiempo pone en cuestión la arrogancia de la tecnología agronómica occidental².

Para entender los sistemas agrarios latinoamericanos tradicionales hace falta al menos un “Diálogo de Saberes” cuando no un rechazo al pensamiento occidental. Los pueblos cuya situación y prácticas son investigadas aportan sus propias perspectivas y conocimientos para guiar la investigación, una idea que Robert Chambers de Sussex University desarrolló a partir de Paulo Freire y Orlando Fals Borda, es decir, una idea latinoamericana. Ese diálogo de saberes es compartido por el pensamiento ecologista también en la doctrina de la “ciencia post-normal” de Funtowicz y Ravetz que admite y hasta requiere una “evaluación extendida de pares” en cuestiones donde hay mucha incertidumbre tecnológica y, al mismo tiempo, urgencia en las decisiones.

Más radicalmente, Héctor Alimonda, impulsor de la ecología política en CLACSO, explica la situación ambiental por “la persistente colonialidad”. Escribe: “A lo largo de cinco siglos, ecosistemas enteros fueron arrasados por la implementación de monocultivos de exportación” (2011: 22). El tema de la colonialidad sirve para interpretar la crisis ambiental en términos de pérdida de conocimientos y culturas indígenas, verdaderos “epistemicidios” que no pueden ser compensados por la ciencia occidental ni por tardíos llamados a un “diálogo de saberes”.

Las pautas de sustentabilidad económico-ambiental de muchas sociedades pre-hispánicas que conocemos por la arqueología o que sobrevivieron con muchos cambios, expresan los intereses vitales y los valores sociales de esas sociedades. Son más útiles para la época que vivimos que la ilusión del desarrollo universal uniformador. Arturo

2 En el capítulo 3 de este libro, Mina Kleiche-Dray *et al.* analizan el conocimiento y la gestión campesina e indígena de la biodiversidad.

Escobar y Gustavo Esteva han sido pensadores destacados del post-desarrollismo anteriores o paralelos a la discusión del decrecimiento o de la “prosperidad sin crecimiento” en Europa. Escobar y Esteva tiene raíces antiguas en el pensamiento de América (o Abya-Yala) pero conocen asimismo a Ivan Illich, Cornelius Castoriadis, André Gorz, ecologistas políticos de la década del setenta.

En Ecuador, el debate político tras 2007 introdujo palabras como Sumak Kawsay, “Buen Vivir”, posiblemente con miles de años de uso oral, reelaboradas en artículos y tesis por intelectuales quechuas como Carlos Eloy Viteri desde el año 2000 (Viteri proviene del pueblo amazónico de Sarayaku, opuesto a la extracción petrolera). Sumak Kawsay se convirtió en objetivo nacional en la Constitución ecuatoriana de 2008 introducido bajo la presidencia de Alberto Acosta en la asamblea constituyente (Hidalgo-Capitán *et al.*, 2014). Algo parecido ocurrió en la Constitución de Bolivia de 2009 con la expresión aymara, Suma Qamaña.

Por encima de las disputas sobre quién tiene el mérito mayor en esas novedades constitucionales, el hecho es que poner como objetivo de país el Sumak Kawsay es muy distinto a decir que el fin principal que se persigue es el crecimiento económico o incluso el desarrollo sostenible. Sumak Kawsay es algo próximo a una economía solidaria y ecológica que ya ha existido y que hay que recuperar. Es un concepto emparentado con el “post-desarrollo”. En el mismo camino de crítica al desarrollo uniformador se encuentran en América los representantes de la Vía Campesina (un movimiento internacional pro campesino cuyo nombre está en castellano y cuyo primer secretario general fue Rafael Alegría, de Honduras). Hay una afinidad grande de los propagandistas agroecologistas latinoamericanos como Camila Montecinos en Chile y Silvia Ribeiro en México con la Vía Campesina y la CLOC (la coordinadora latinoamericana de organizaciones campesinas).

4. LA ECOLOGÍA EN LAS NOVELAS LATINOAMERICANAS

Los *booms* de la producción extractivista han sido una fuente de inspiración, reflexión e indignación en la producción literaria en América Latina. En este sentido, el ecologismo está muy presente en la cultura literaria y artística de la región. Recordemos la temática de solamente unas pocas novelas del siglo XX que fueron escritas antes que las palabras “ecologismo” o “ambientalismo” tuvieran significación política.

Tal vez podamos presentar la novela *La Vorágine*, como la más representativa para describir la expansión de la frontera de la extracción de mercancías en América Latina. Se publicó en 1924 y es la única novela del bogotano José Eustasio Rivera. La novela narra las peripecias del poeta Arturo Cova y su amante Alicia, historia de pa-

sión y venganza enmarcada primero en Los Llanos y después en la Selva Amazónica donde aparece, también, un empresario cauchero y a la vez se retratan las duras condiciones de vida de los colonos e indígenas esclavizados o “enganchados” por deudas durante la fiebre del caucho. La novela tiene pues por tema la explotación comercial y excesiva de un recurso natural renovable, el reclutamiento forzoso de la mano de obra y la aparición de una nueva mercancía por la demanda externa. La novela pertenece a una serie de novelas sociales denunciando los efectos sociales del incremento productivo y la inequidad en América Latina desde las últimas décadas del siglo XIX. Algunas de ellas mezclan su crítica social con una conciencia ecologista. Un ejemplo de lo primero puede ser la novela de Jorge Icaza *Huasipungo* denunciando las condiciones en las haciendas ecuatorianas. El relato *Os sertões* de Euclides da Cunha sobre la guerra de Canudos (1893-97) en el interior de Bahía puede verse como ejemplo del segundo proceso. En el siglo XX esta mezcla de crítica social y ecológica se vuelve más común. En este periodo las consecuencias ecológicas de la actividad en la frontera se ponen en claro. Por ejemplo, Jorge Amado describe la violenta sociedad de la frontera cacaotera de Ilheus en Brasil en *Terras do sem-fim* (1944) y en su continuación, *São Jorge dos Ilhéus*. La frontera devora tanto a los trabajadores como a la naturaleza. Jorge Amado escribe que nada parecido se había visto nunca pues ésta era la mejor tierra del mundo para plantar cacao, una tierra fertilizada por la sangre humana.

En Ecuador, *Don Goyo* es una novela escrita por Demetrio Aguilera y publicada en 1933. La trama de *Don Goyo* se desarrolla en una época anterior a la expansión de la industria camaronera pero el tema es ya la destrucción del manglar en el sur de Ecuador, causada por la industria comercial del carbón que se lleva a vender a la ciudad de Guayaquil. Don Goyo vive en la isla Cerrito de los Morreños en el Golfo de Guayaquil. La novela muestra la vida en comunidad de los pescadores en los manglares a inicios del siglo XX y las amenazas para su estilo de vida.

Con mayor mérito literario, *Grande Sertão: Veredas* es la famosa obra más destacada de João Guimarães Rosa, escrita en 1956. Contrasta la aridez del sertão, en el Cerrado del norte de Minas Gerais, las Chapadas y las Caatingas, con la disponibilidad de agua en las veredas, describiendo el paisaje humano del Rio San Francisco y sus afluentes con diversidad social y ambiental: sus jornaleros, sus hacendados y capangas, sus hombres libres, sus santuarios religiosos, sus cocodrilos. El libro es narrado por el jagunço Riobaldo. Poco antes, en Guatemala en 1949, Miguel Ángel Asturias, quien fue premio Nobel de literatura, había publicado *Hombres de Maíz*, una estremecedora

novela que contraponen los indígenas que realizan un cultivo de subsistencia del maíz en la milpa desde hace miles de años a los empresarios criollos vinculados al mercado mundial que quieren apoderarse de la tierra y tecnificar el cultivo para exportación. El maíz es un alimento sagrado, no debe ser una mercancía. El lenguaje hace uso de las tradiciones mayas, incluyendo mitos, leyendas, poemas y canciones. Un líder indígena, Gaspar Ilom, encabeza la resistencia de la comunidad. Es asesinado pero más allá de su tumba, Gaspar Ilom continúa viviendo míticamente.

Luchando también con la dificultad de escribir sobre el mundo indígena en castellano, una de las más impactantes novelas de José María Arguedas es *Todas las Sangres* publicada en 1964, pocos años antes de que el autor se suicidara. La novela fue mal recibida por liberales y por algunos marxistas peruanos (*¿He vivido en vano?*, 1985; también: Baud, 2003: 10-12). El antropólogo e historiador John Murra (estudioso de los intercambios entre diversos pisos ecológicos en los Andes) defendió a su amigo Arguedas. La novela narra con mucha fuerza la historia de dos hermanos, Bruno Aragón, hacendado tradicional, y Fermín Aragón que se había convertido en propietario de una mina vecina a la hacienda entrando en sociedad con la compañía internacional Wisther. Bruno Aragón es el abusivo señor hacendado que maltrata a la indiada pero que habla quechua y poco a poco se opone a los planes modernizadores de su hermano Fermín situándose del lado de los indios del pueblo y también de los criollos amenazados por las escorias de la mina en la zona de “La Esmeralda”.

En Costa Rica se había publicado *Mamita Yunai*, de Carlos Luis Fallas (“Calufa”), en 1941. Es una novela social-realista de un miembro del Partido Comunista que glorifica las luchas sindicales en los terrenos bananeros de la compañía United Fruit (“Yunai” viene de United). No habla explícitamente de ecología pero muestra muy claramente los conflictos ambientales. La United Fruit pagaba un plus a los llamados “regadores de veneno” cuando hacían huelgas. ¿Qué veneno sería este? En seguida viene a la mente el nematicida DBCP que ha dejado estériles a tantos trabajadores del banano en las últimas décadas –pero ese horror no aparece todavía en la novela de Calufa. Sí aparecen, sin embargo, esos otros agrotóxicos. También se explica la cruel desposesión de terrenos indígenas para la expansión de las bananeras.

Cada una de estas novelas corresponde a un ecosistema más o menos modificado. En ninguna de ellas, como tampoco en muchos otros relatos, poesías, novelas y guiones de cine que podríamos traer a cuento, salía todavía la palabra ecología, introducida por Haeckel en 1866, pero que no se politizó hasta la década del sesenta. Hay por su-

puesto otras manifestaciones culturales con impronta ecológica. Así, en Argentina, en el periodo 1940-90 fue muy intenso un movimiento cultural de música folklórica con temas ambientales que hacían referencia tanto a la estructura natural como la social (para sus orígenes: Chamosa, 2010). Por ejemplo, el Paraná en una Zamba (cantada por Los Fronterizos). Unas bellas palabras de La Voz de Sola, que se convirtió en lectura escolar, dicen del Delta del Paraná: “a medida que uno sube de las tierra bajas a las altas, la vida humana cambia como la naturaleza... los ceibos y sauces son substituidos por el espinillo y el ñandubay”.

En contra, hay una larga literatura “anti-ecologista”, anti-indígena y a favor de la población blanca inmigrante, de la cual el *Facundo* (Quiroga) de Sarmiento de 1845 es una temprana e influyente muestra. Vargas Llosa expresa hoy (más explícitamente en sus escritos políticos que en sus novelas) el dilema de Sarmiento, “civilización o barbarie”. Puestos a escoger, Vargas Llosa está con la “civilización” y los ecologistas están con la “barbarie”. De este lado, la poesía de Pablo Neruda rebosa de referencias a la tierra y a la vegetación, y hasta advierte contra la mercantilización de los servicios ambientales: “Aire, no te vendas”, porque el agua ya se vendió y anda entubada y sucia.

5. UNA AGENDA PROPIA PARA LOS GOBIERNOS Y ORGANIZACIONES REGIONALES INTERNACIONALES

Desde las últimas décadas del siglo XIX había habido voces criticando el uso indiscriminado de los recursos nacionales tanto de lado de los científicos como escritores, pero nunca fueron escuchados en la obsesión de la modernidad de la época (Baud, 2013). En la segunda mitad del siglo XX la crítica se volvió más coherente y articulada políticamente. Aunque ocurrió en el contexto de un debate mundial, mostró una perspectiva netamente latinoamericana e influyó en la creación de lo que se llama una “institucionalidad ambiental” con nuevos ministerios, leyes y reglamentos.

Desde 1962 con Rachel Carson, *La primavera silenciosa*, y desde 1972 con el informe Meadows del MIT al Club de Roma, despegó el ambientalismo internacional. Pero, de entrada, ese debate fue apenas considerado por los gobiernos latinoamericanos o por la CEPAL. Para ellos el problema del subdesarrollo y la pobreza fue el asunto mayor y su objetivo principal fue incrementar la capacidad productiva de la región y la consolidación de su expansión económica. Pese a ello, en esas décadas todas las administraciones nacionales crearon estructuras legales y administrativas de recursos naturales. Debe destacarse la creación del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) a nivel mundial, pero además la activa participación

de la Oficina Regional para América Latina y el Caribe que a partir de 1975 promovió en todas las naciones cursos de capacitación y de discusión formando profesores de universidades, organizaciones no gubernamentales, personal de administraciones de recursos naturales y medio ambiente.

Con el apoyo del PNUMA y del gobierno de España se creó el CIFCA, se dictaron en América Latina y Europa multitud de cursos y seminarios. Los gobiernos y las universidades de América Latina decidieron crear su propia Red de Formación Ambiental en el año 1980. El economista argentino Héctor Sejenovich y el filósofo colombiano Augusto Ángel Maya elaboraron un plan para la capacitación y la investigación. Todos los países contaban con una organización de la Red de Formación Ambiental en gran parte gubernamental pero también no gubernamental.

La primera respuesta articulada en la década del setenta se había dado desde la Fundación Bariloche en Argentina que publicó el informe *¿Catástrofe o Nueva Sociedad? Modelo Mundial Latinoamericano* en 1976. En este informe varios especialistas incluyendo a Gilberto Gallopin desarrollaron un nuevo modelo ambiental para América Latina en el cual, básicamente, rechazaron la idea de la escasez de recursos naturales (Gudynas, 1999: 110). La respuesta al informe Meadows fue negativa, como se lee en los escritos de Amílcar Herrera y Helio Juagaribe (Estenssoro, 2014: cap. 7). Existía la convicción general que los recursos naturales de América Latina eran abundantes y que era necesario explotarlos para desarrollar la región. Además, se rechazaba la perspectiva neomalthusiana. El grupo de Bariloche enfatizó dos cuestiones: la baja densidad de población en América Latina y la enorme y desconocida potencialidad ecológica.

De todas formas, había resquicios para unir la preocupación por la pobreza y por el ambiente natural³. En la conferencia preparatoria en Founex de la conferencia de Naciones Unidas en Estocolmo de 1972 ya se decía:

[Hay] en el pasado una cierta tendencia a equiparar el desarrollo con el objetivo, más limitado, del crecimiento económico, tal como se refleja en la elevación del producto nacional bruto. Pero hoy en día se reconoce en general que el ritmo rápido de crecimiento económico, aunque necesario e indispensable, no constituye por sí mismo una garantía de que se aliviarán los urgentes problemas sociales y humanos. Es más, el rápido ritmo de desarrollo ha ido unido al desempleo creciente; a

3 Véase también, en este libro, el capítulo 7 de Héctor Sejenovich sobre pobreza y desarrollo sostenible.

disparidades cada vez mayores entre los ingresos, tanto entre grupos como entre regiones; y el empeoramiento de las condiciones sociales y culturales como parte del proceso de desarrollo. La conciencia de problemas ambientales en los países menos desarrollados es uno de los aspectos del mayor alcance que está adquiriendo el concepto de desarrollo y forma parte de un concepto más integral del desarrollo.

Se habían publicado ya los libros de K. W. Kapp (1950), de Ezra Mishan (1966), de Nicholas Georgescu-Roegen, de H. T. Odum, de Barry Commoner todos ellos en 1971. En Europa, fue iniciado un debate por Sicco Mansholt, presidente de la Comisión Europea, quien se convirtió a la doctrina del crecimiento “bajo cero” al leer el informe Meadows. Ese debate europeo con participación de André Gorz, Edgar Morin y otros tempranos pensadores ecologistas fue publicado por la Editorial Universitaria en Santiago de Chile en 1972 con el espectacular título *Ecología y Revolución*.

Los diplomáticos latinoamericanos empezaron a pedir una solidaridad internacional para que América Latina pudiera resolver sus problemas de pobreza y desarrollo, y al mismo tiempo conseguir un modelo más sustentable. Fue muy clara esta línea en Brasil, donde la ideología nacionalista se enfocaba en la Amazonía (Garfield, 2013). Ante la conferencia de Estocolmo de 1972, João Augusto de Araujo Castro, diplomático brasileño para las Naciones Unidas había pedido “un compromiso mundial al desarrollo” de los países pobres. Habló de “una contaminación de la opulencia y una contaminación de la pobreza” (Estenssoro, 2014: 129).

Desde mediados de 1970, y por influencia de Ignacy Sachs (que era docente en París y viajó a México y a Brasil) se difundió la noción de *ecodesarrollo*, mucho antes de que triunfara la de *desarrollo sostenible* del informe Brundtland en 1987. Varios autores latinoamericanos, desde los organismos oficiales o como consultores o profesores universitarios, personas cercanas al activismo como Enrique Leff, Vicente Sánchez, Víctor Toledo, Augusto Ángel Maya trabajaron inspirados por la idea de *ecodesarrollo*. Como parte de las acciones del PNUMA se estableció una red de proyectos de *ecodesarrollo*, con participación de la Universidad de Teherán (dirigida por el iraní Mohammad Taghi Fharvar). En 1976 se realizó el primer Simposio sobre *Ecodesarrollo*, en la Universidad Nacional Autónoma de México, organizado por Enrique Leff.

En octubre 1974 el PNUMA había auspiciado una conferencia famosa en Cocoyoc, México. Aquí se proclamó la llamada Carta de Deberes y Derechos de los Estados. Sobre todo su artículo 30 acerca de la gobernanza ambiental fue importante:

La protección, la preservación y el mejoramiento del medio ambiente para las generaciones presentes y futuras es responsabilidad de todos los Estados. Todos los Estados deben tratar de establecer sus propias políticas ambientales y de desarrollo de conformidad con esa responsabilidad. Las políticas ambientales de todos los Estados deben promover y no afectar adversamente el actual y futuro potencial de desarrollo de los países en vías de desarrollo.

En las décadas del setenta y ochenta se habían creado ministerios de Medio Ambiente en diversos países, y se notaba además la influencia del programa MAB (Man and Biosphere) de la UNESCO, por ejemplo en lo referente a la ecología urbana y asentamientos humanos, con Martha Schteingart en el Colegio de México. En la gestión económica, Héctor Sejenovich propuso que minimizar la degradación y el desaprovechamiento supone hacerse cargo de todos los costos, incluyendo los de la reproducción de la naturaleza (investigación, regeneración, control y manejo) y también de todos los beneficios. Es decir, que a nivel de cada recurso se debería conocer su estructura cuantitativa y cualitativa, su dinámica y sus relaciones ecosistémicas. Los recursos pueden ser utilizados sin rebasar la capacidad de carga del ecosistema, así como también los efluentes pueden ser absorbidos dentro de esos límites. Esto se aproximaba a un ordenamiento ambiental del territorio donde se utilizan las potencialidades y se aceptan las restricciones. Como técnica de evaluación de este desarrollo las Cuentas Patrimoniales registrarían contablemente el *stock* y el flujo integral y sustentable de los recursos naturales. Como forma de conocer ese manejo integral y sus costos respectivos se elaboraría una matriz de insumo/producto de las interrelaciones sectoriales de los recursos naturales que se articularía con la matriz de insumo/producto de la actual economía que no incluye los recursos ni su flujo ni su *stock*.

CLACSO formó un grupo de medio ambiente y desarrollo en 1978, liderado por Sejenovich (Estenssoro, 2012: cap. 8). En Colombia, en el INDERENA, empezaron a actuar Julio Carrizosa y Margarita Merino de Botero (quien más tarde representó a Sudamérica en la comisión Brundtland). No menos importante fue Aníbal Patiño con sus tempranos trabajos sobre problemas ambientales en el Valle del Cauca.

Los temas ambientales llegaron a la CEPAL con el libro editado por Oswaldo Sunkel y Nicolo Gligo, *Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en la América Latina*, publicado en 1980 luego de desarrollar actividades durante más de un año en conjunto con la Oficina Regional del PNUMA que financió el proyecto. Oswaldo Sunkel enfatizaba

la noción de ecosistema, “la comprensión que todos somos parte de un mismo ecosistema y que existe una relación directa entre lo que pasa en la sociedad y la naturaleza (en un sentido amplio)”. En su contribución al libro, Raúl Prebisch (ajeno a los temas ambientales durante su larga y brillante carrera) observaba, desde la periferia, que “la crisis ambiental fue generada por el modelo de desarrollo capitalista irracional del centro”. “El extraordinario impulso de los últimos decenios hasta tiempos recientes no es solamente consecuencia de un impresionante adelanto técnico sino también de la explotación irracional de los recursos naturales, sobre todo del recurso energético”. Incluso mencionaba ya el peligro de las excesivas emisiones de dióxido de carbono por los países ricos. Este volumen de Gligo y Sunkel de 1980 tuvo continuidad dentro de la CEPAL en varios trabajos de menor nivel, con los esfuerzos de Axel Dourojeanni y de Nicolo Gligo.

La Oficina Regional del PNUMA discutió otras varias cuestiones sobre Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente. Una de las cuestiones versaba sobre el papel que la pequeña propiedad y la gran propiedad tenían en el deterioro de la naturaleza. Algunos sostenían que como los campesinos se veían obligados a ocupar tierras de peor calidad en la frontera agropecuaria, generaban degradaciones y dilapidaciones, mientras que los grandes propietarios se caracterizaban por el desaprovechamiento. En cambio otros sostenían que los procesos de degradación y dilapidación en su faz más significativa eran desarrollados por las grandes empresas ya que ellas concentraban el uso de la tierra. Esta polémica luego fue reflejada en varios trabajos.

Se elaboraron estrategias interdisciplinarias a través de la Red de Formación Ambiental que organizó diversas redes temáticas. Una de ella fue la de Ciencia, Investigación y Medio Ambiente que se reunió en Bogotá en 1981 donde se definió una estrategia interdisciplinaria. En 1985 se reunió a las Universidades de la región para hacer un plan regional. En la parte de estrategia de interdisciplinaria se postulaba:

- a. Reelaboración epistémica de cada ciencia a la luz de la problemática ambiental.
- b. Articulación de esas ciencias en función de los problemas ambientales más destacables.
- c. Articulación de científicos superando la competencia por la cooperación y haciendo frente a los múltiples problemas de la comunicación interdisciplinaria.
- d. Valorización de los avances de equipos interdisciplinarios en la región. Se analizó en especial el de la Fundación Bariloche

que, como quedó dicho, había elaborado el modelo mundial latinoamericano “Catástrofes o Nueva Sociedad”.

Más tarde, en respuesta al informe Brundtland de 1987, se elaboró otro estudio al que se llamó *Nuestra Propia Agenda* del PNUD y el BID coordinado por Arnaldo Gabaldón (ministro de Medio Ambiente de Venezuela), donde participaron Gilberto Gallopin, Vicente Sánchez y otros destacados autores, proponiendo a los gobiernos y a las ONG y a toda la sociedad que incorporen esa agenda a la reunión de Río de 1992. Una parte de ese trabajo se publicó, en lenguaje más directo, en Sejenovich y Panario (1996). Todo ello contribuyó por un lado a la Agenda 21 de Naciones Unidas y por otro lado, en la sociedad civil, a los diversos Tratados Alternativos de las ONG en Río 1992. En la conferencia oficial se pudo firmar la Convención de Cambio Climático y el Convenio de Biodiversidad con la sola excepción en este último caso de EE.UU. En ese momento, un representante latinoamericano de primera fila fue Jose Lutzenberger, que había publicado en 1976 el manifiesto ecológico, *Fim do Futuro?*. Como ministro de Medio Ambiente en el gobierno de Brasil en 1992 Lutzenberger pidió que el Banco Mundial no prestara más dinero a Brasil. Tuvo que dimitir (Hochstetler y Keck, 2007: 74).

En las reuniones paralelas en Río de Janeiro en 1992 el ecologismo popular empezó a emerger muy públicamente. Efectivamente, 1.500 organizaciones de todo el mundo se reunieron para debatir todos los tratados que discutían los gobiernos y elaboraron tratados alternativos mucho más exigentes, incluyendo uno sobre la “deuda ecológica”. A pesar de todo ello, la suspicacia anti-ecologista en las esferas oficiales latinoamericanas continuó durante décadas, hasta hoy en día. En vez de tomar a Chico Mendes (asesinado en diciembre de 1988) como símbolo del ecologismo popular latinoamericano, hubo un incidente internacional sobre la interpretación de la lucha de los *seringueiros* contra la deforestación. Temiendo que surgieran iniciativas de internacionalizar la Amazonía, ya que no podía dejarse pasivamente que Brasil la destruyera, el presidente de Brasil abandonó sonadamente una reunión pública.

En conclusión, el enraizamiento del ambientalismo en la América Latina oficial no ha sido fácil. Empero, la Oficina Regional del PNUMA y la CEPAL (en menor grado) jugaron un papel importante en el desarrollo de un ambientalismo latinoamericano. Concluimos con Estenssoro (2014: 155) que los gobiernos latinoamericanos han enfatizado desde Estocolmo en 1972 hasta Río+20 en 2012, que la solución al problema ambiental no consiste en detener el crecimiento económico por temor a los infranqueables límites físicos del planeta,

sino que la solución principal y última reside en cambiar la repartición desigual del poder y la riqueza en el mundo, así como estimular distintos estilos de desarrollo de acuerdo a cada realidad ecológica y social a nivel nacional y continental.

En el plano académico, en los últimos 30 años han surgido excelentes redes de investigación ambiental, políticamente más radicales que los gobiernos, entre las que cabe mencionar la SOLCHA (de historia ambiental, con Guillermo Castro Herrera y muchos otros), la Revista Iberoamericana de Economía Ecológica, las sociedades de economía ecológica entre las que destaca la Eco-Eco de Brasil, muchas reuniones de educadores ambientales y diversas iniciativas de estudio de conflictos ambientales y ecología política, páginas en la Web como EcoPortal y otras iniciativas muy propias del continente.

Faltó a nivel gubernamental un sentido de urgencia frente a la continua destrucción de biodiversidad y también frente al cambio climático (la concentración de dióxido de carbono en la atmósfera subió de 360 ppm a 400 ppm entre 1992 y 2012). También faltó empatía ante el ecologismo popular. Ni el agroecologismo campesino ni el post-desarrollismo ni, como veremos a continuación, el ecologismo popular fueron parte de la “agenda propia” oficial latinoamericana.

6. EL ECOLOGISMO POPULAR

Los debates gubernamentales e internacionales sobre las nuevas políticas ambientales ocurrieron al mismo tiempo que emergió un debate cada día más fuerte en la sociedad civil. Influenciado por las nuevas ideas de la Teología de la Liberación y los diversos movimientos sociales en la región, una corriente crítica de los modelos de crecimiento económico en América Latina iba a dar voz a un ecologismo popular o ecologismo de los pobres. Mostraron ideas y temas divergentes pero se nutrieron de dos pensadores latinoamericanos importantes. Primero las ideas Paulo Freire que enfatizaban la justicia social y ambiental, el conocimiento local, la moralidad de las decisiones políticas y el respeto por el planeta y sus diversos habitantes. Estas ideas llevaron algunos a un rechazo fundamental del capitalismo; otros las tomaron como una agenda más bien cultural y moral, que podría presentar una alternativa para el capitalismo y desarrollismo materialista. El otro pensador con mucha influencia en el debate fue el escritor uruguayo Eduardo Galeano. En su libro, *Las Venas Abiertas de América Latina* de 1971 presenta una crítica feroz de la lógica extractiva de los proyectos económicos y políticos en la historia de América Latina y la dependencia e inequidad que fueron su resultado. El libro fue leído en toda América Latina y se volvió un texto icónico en los debates sobre las consecuencias del capitalismo extrac-

tivo y la destrucción social y ecológica en la región. Otro uruguayo, Eduardo Gudynas, atrae en los últimos años a muchos seguidores en su elaboración de un post-extractivismo.

Los partidos políticos nacionalistas-populares (al estilo del Peronismo y del APRA, antes de sus incongruentes momentos neoliberales con los presidentes Menem y Alan García) habían protestado contra la inserción de América Latina en la economía mundial como proveedora de materias primas y con episodios de terrible endeudamiento. Y habían sido acompañados por otras corrientes políticas. Por ejemplo, el influyente economista argentino Aldo Ferrer del Partido Radical presentó, en 1983, un bien argumentado alegato para “vivir con lo nuestro” (Ferrer, 1983).

Más allá de los debates gubernamentales e internacionales dirigidos hacia nuevas políticas públicas ambientales, más allá también de las investigaciones universitarias, se desarrolla con mayor fuerza un ecologismo popular que abarca movimientos que son a veces puramente reactivos y que en general no aspiran a lograr influencia política per se, sino que emergen como una reacción a problemas ambientales específicos, muchas veces locales pero con importancia mundial. En este sentido, hay que ver el agro-ecologismo latinoamericano agrupado en la Vía Campesina y la CLOC como un movimiento internacional que no es solamente un movimiento de defensa, sino que hace propuestas que muestran la racionalidad ecológica productiva de la que habla Enrique Leff (Leff 1986, 2006). Asimismo ha crecido la red por la Justicia Hídrica, bajo el amparo de un académico holandés formado en Perú, Rutgerd Boelens.

Muchas resistencias manifestadas en el ecologismo popular no crean alternativas permanentes, sino se enlazan en el tiempo una tras otra en el mismo lugar de extracción minera o de proyecto inversor, y finalmente sucumben. Las protestas en México en los años ochenta en contra de la planta nuclear en Laguna Verde presentan un ejemplo ya lejano. Hay luchas contra represas que duran décadas y finalmente pierden. El movimiento local en Ecuador contra la minería de cobre en Intag es un ejemplo actual. Resistió y venció contra la Mitsubishi en 1995, contra Ascendant Copper (de Canadá) en 2006, desarrolló alternativas como el comercio de café orgánico y el ecoturismo. Después de estas victorias, en 2014 está sufriendo los embates del presidente Correa en alianza con la empresa estatal Codelco de Chile.

El ecologismo popular o, como sinónimo, el ecologismo de los pobres e indígenas es, sobre todo, la expresión de una “economía moral” que se enfrenta a la mercantilización y se manifiesta en las fronteras extractivas (Martínez-Alier, 1992, 2005). Las poblaciones campesinas y/o indígenas protestan contra las industrias extractivas de minerales

o de biomasa, usando distintos lenguajes de valoración. Consiguen parar proyectos en tal vez 20% de los casos, según los inventarios del proyecto EJOLT⁴. A veces demandan una compensación monetaria por los daños recibidos o que van a sufrir; otras veces argumentan en términos de derechos territoriales inalienables, apelan al Convenio 169 de la OIT o declaran que los parajes que van a ser destruidos (cerros, ríos, lagos) son sagrados. Se oponen a la depredación de bienes comunes y recursos de la naturaleza que necesitan para vivir, por puras necesidades de subsistencia. No solo en el campo, también en la ciudad hay grupos de ciudadanos relativamente pobres que, sin ser ecologistas “de carnet”, protestan cuando pierden zonas verdes de uso público, demandan espacio para peatones o ciclistas, practican horticultura urbana, protestan por la falta de agua potable.

La mejor descripción es todavía la que dio Hugo Blanco en un artículo en el diario *La República* de Lima el 6 de abril de 1991, cuando el concepto “ecologismo de los pobres” (nacido en la India y en América Latina) tenía 3 o 4 años de vida. Dice así:

En el Perú existen grandes masas populares que son ecologistas activas [...] ¿No es acaso ecologista muy antiguo el pueblo de Bambamarca que más de una vez luchó valientemente contra la contaminación de sus aguas producida por una mina? ¿No son acaso ecologistas los pueblos de Ilo y de otros valles que están siendo afectados por la Southern? ¿No es ecologista el pueblo de Tambo Grande que en Piura se levanta como un solo puño y está dispuesto a morir para impedir la apertura de una mina en su pueblo, en su valle? También es ecologista la gente del Valle del Mantaro que ha visto morir las ovejitas, las chacras, el suelo, envenenados por los relaves de las minas y el humo de la fundición de La Oroya. Son completamente ecologistas las poblaciones que habitan la selva amazónica y que mueren defendiéndola contra sus depredadores. Es ecologista la población pobre de Lima que protesta por estar obligada a bañarse en las playas contaminadas⁵. _

Este ecologismo popular latinoamericano hoy en día se congrega en redes de información y agitación como las de OCMAL (Observatorio de Conflictos Mineros en América Latina) y el OLCA, basados en Chile. Tiene paralelos y conexiones (a través de otras redes internacionales como Oilwatch, el WRM, la Vía Campesina y la CLOC) con movimientos de resistencia en la India y en África, y también tiene coincidencias

4 Ver: <www.ejatl.org>.

5 Ver: <<http://hugoblancogaldos.blogspot.com.es/2008/12/el-ecologismo-de-los-pobres.html>>.

con el movimiento por la justicia ambiental en Estados Unidos. Redes como el MAB en Brasil y MAPDER en México (que se oponen a represas) se conectan también con movimientos internacionales.

Ese ecologismo popular se hace muy visible en el gran número de conflictos locales surgidos en las últimas décadas. Los inventarios de conflictos, por ejemplo los incluidos en el Atlas de EJOLT pero también en otros mapas más completos por país, muestran que los conflictos ecológicos y sociales son un gran motivo de movilizaciones sociopolíticas en América Latina. Empiezan a publicarse trabajos de ecología política estadística (Pérez Rincón, 2014). En América Latina en casi la mitad de casos recogidos en el Atlas de EJOLT participa la población indígena o afroamericana como actores en esos conflictos ecológico-distributivos.

El ecologismo popular no solo tiene antiguas raíces indígenas. Destaca el libro del teólogo brasileño Leonardo Boff, *Ecología: Grito de la Tierra, Grito de los Pobres* (1996), y el liderazgo del ex sacerdote Marco Arana en Perú en el movimiento y partido político Tierra y Libertad fundado tras muchos años de bregar en Cajamarca contra la Minera Yanacocha. Anteriormente, existió el llamado Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo dentro de la Iglesia Católica que intentó articular la idea de renovación subsiguiente al Concilio Vaticano II con una fuerte participación política y social. Este movimiento jugó un papel importante en las “villas miseria” en Argentina. Fue duramente reprimido y obligado a disolverse, reaparece sin embargo 20 años después en las Ligas agrarias del Noreste argentino formando movimientos ambientales, en la lucha contra la sojización que invade el bosque chaqueño. Ha surgido en Argentina una red no gubernamental llamada Médicos de los Pueblos Fumigados por glifosato, que apoya el amplio movimiento llamado “Paremos de Fumigar” con emblemáticas activistas como Sofía Gatica en Córdoba (premio Goldman) del movimiento Madres de Ituzaingó. En Brasil, en conflictos de tierras en el norte del país se nota la activa presencia de la Pastoral da Terra (Porto *et al.*, 2013). En otros países hay presencia de la Iglesia Católica u otras iglesias en los conflictos ambientales pero es más escasa.

El movimiento del ecologismo popular y la justicia ambiental ha creado espontáneamente a lo largo de 30 años un vocabulario propio. En Estados Unidos, para calificar la desproporcionada contaminación en barrios pobres donde habitan poblaciones racialmente discriminadas, se usó “injusticia ambiental” y “racismo ambiental” a partir de 1982. Más tarde, se introdujo también la expresión “zonas de sacrificio”. El término “deuda ecológica” se empezó a usar en 1991 por organizaciones latinoamericanas para oponerse a la pér-

dida de la capa de ozono y al cambio climático (Robleto y Marcelo, 1992), y se aplicó algo más tarde a los resultados del comercio ecológicamente desigual. En el “parlamento latinoamericano” que funcionó meses antes de la reunión de 1992, Héctor Sejenovich presentó un documento sobre la Deuda Ambiental y metodologías para su cálculo basada en los costos de manejo. Hay otras consignas o expresiones como “el agua vale más que el oro”, “justicia hídrica”, “ríos vivos”, “justicia climática”, “las plantaciones no son bosques” (Carrere y Lohman, 1996), “soberanía alimentaria” (que procede de la Vía Campesina), “soberanía energética”, que han nacido o se han difundido en el continente. Las organizaciones de justicia ambiental piden también un tribunal penal internacional en materia ambiental y una convención internacional sobre “ecocidio”. Eso está realmente muy distante de la inútil retórica de la “economía verde” desplegada por la ONU en la conferencia Rio+20 en junio de 2012, por no hablar del “crecimiento verde”, el súper-oxímoron.

Uno de los términos del movimiento de justicia ambiental es la palabra “biopiratería”, introducida en 1993 por Pat Mooney (de RAFI, hoy ETC) y muy difundida mundialmente por Vandana Shiva, asidua visitante de países latinoamericanos. En América Latina destaca la Red de Acción por la Biodiversidad que coordina Carlos Vicente, activista y autor de libros sobre el tema. Los españoles se llevaron de América las semillas y el conocimiento de la papa o el maíz sin dar ni las gracias, y se llevaron también muchas toneladas de corteza del árbol de la quina y el conocimiento de sus efectos contra las fiebres. En la actualidad, hasta se patentan tales conocimientos por empresas o investigadores extranjeros.

Lo que empezó siendo denuncias de organizaciones activistas de justicia ambiental contra la biopiratería, ahora se ha convertido en actuaciones administrativas de algunos gobiernos o en casos judiciales en países megadiversos. Tanto en Perú como en Brasil, las autoridades estatales hablan de “biopiratería”. La propia ministra brasileña de Medio Ambiente, Izabella Teixeira, dijo en marzo de 2012 tras imponer multas a algunas empresas, que se debe evitar que las oportunidades para avanzar en la valorización de la biodiversidad “disfracen acciones de biopiratería”.

En la regulación de las empresas, se ha conseguido que los proyectos de inversión tengan un proceso de audiencia pública de las Evaluaciones de Impacto Ambiental que son momentos cruciales en multitud de conflictos socioambientales (Wagner, 2014). Las EIA dan una instancia de participación o de lucha que permite avanzar hacia la gobernanza ambiental participativa. Así, en Tambogrande, Perú, la negativa de la población a participar en una audiencia públi-

ca amañada de la EIA fue un paso hacia un referéndum o consulta popular en 2002⁶.

Respecto del actuar de las empresas, los disimulos de la “responsabilidad social corporativa” (RSC) han sido importados a América Latina desde otras latitudes mientras hay, por otro lado, fuertes reclamos de los pasivos ambientales como en el caso Chevron Texaco en Ecuador y por el nematocida DBCP, parecidos a los de Nigeria contra la Shell y tantos otros casos alrededor del mundo⁷. Será interesante comparar la conducta de empresas chinas con la de empresas de europeas, australianas, estadounidenses y canadienses.

Los conflictos ambientales no se dan simplemente entre poblaciones locales de un lado y empresas del otro lado. Hay participación de ONG locales e internacionales, y también participación estatal en multitud de conflictos no solamente en la gestión administrativa de las EIA u otros trámites anteriores como las concesiones mineras o petroleras, sino a través de las instancias judiciales (con casos espectaculares, como la suspensión del proyecto de Pascua Lama de Barrick Gold en Chile, tras inversiones de miles de millones de dólares). Y también las instancias legislativas intervienen a veces a favor del ambientalismo, como en las prohibiciones de minería a cielo abierto por diversas legislaturas provinciales en Argentina (Wagner, 2014). También pueden intervenir instancias de mediación, como la Defensoría del Pueblo en Perú y Bolivia. Y no pocas veces interviene la policía, los militares y fuerzas de seguridad privadas amparadas por el Estado contra los ambientalistas populares. Hay consenso entre gobiernos neoliberales y nacionalistas-populares en atribuir el ecologismo a influencias extranjeras e interpretarlo como un fenómeno de “barrigas llenas”, pero es imposible ignorar los brotes múltiples de movilizaciones ambientales en toda América Latina y los cientos de víctimas mortales en conflictos ambientales en México, Honduras, Guatemala, Colombia, Perú, Brasil y algunos otros países, como los ha documentado Global Witness.

7. ¿UN ECO-SOCIALISMO POLÍTICO LATINOAMERICANO?

Autores jóvenes entonces, como Víctor Toledo, Enrique Leff, José Augusto Pádua, Iván Restrepo, emergieron en la década del ochenta con sus ideas sobre una política social y ecológica en América Latina. Augusto Ángel Maya en Colombia combinaba el marxismo, la antropolo-

6 Véase en este libro el capítulo 10 de Mariana Walter y Leire Urkidi sobre referéndums locales o consultas populares contra inversiones mineras.

7 Hay un análisis más extenso de la institucionalidad ambiental, en el capítulo 6 de Cristian Parker *et al.*

gía cultural y una política ecologista. Observó en 1996: “Superando las visiones restringidas que interpretan lo ambiental como un problema ecológico o exclusivamente tecnológico, esta propuesta intenta comprenderlo como un objeto de estudio en todas las disciplinas científicas, desde las ciencias naturales y tecnológicas, hasta las ciencias que estudian el comportamiento humano”.

A partir de la década del ochenta, surgen grupos activistas como el Instituto de Ecología Política en Chile, Censat en Colombia, Acción Ecológica en Ecuador (formado por jóvenes biólogas), REDES en Uruguay, FASE en Brasil con Julianna Malerba y otros. Hay un potente pensamiento ambiental latinoamericano que se apoya en la sociedad civil y que enumera y denuncia la multitud de conflictos ambientales que el aumento del metabolismo económico trae consigo. Veinte años después, ese pensamiento ya no estaba solamente en escritos y manifestaciones de actores sociales y pensadores alternativos del post-desarrollismo, del agroecologismo y del ecologismo popular, sino en algunas constituciones y en discursos de algunos ministros.

Tras la derrota en 2005 de los planes de Estados Unidos de promover el ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas) llegaron unos años de victorias electorales de gobiernos como los de Evo Morales y Rafael Correa. Incluso parecía hacia 2008 que podía surgir desde América un liderazgo internacional del ecologismo del Sur, que es una posición vacante en la escena internacional. Como ejemplo, el radical discurso de Fánderson Falconí en 2009 en Copenhague como canciller de Ecuador; se refirió a la deuda ecológica o deuda climática del Norte con el Sur; dijo que los países pobres eran como “fumadores pasivos”, defendió la iniciativa Yasuní ITT de “dejar el petróleo bajo tierra” ante más de 150 presidentes de Estado o jefes de gobierno, pocas semanas antes de dimitir como canciller por el boicót del presidente Correa al acuerdo con el PNUD para llevar adelante la iniciativa Yasuni ITT. La Constitución ecuatoriana de 2008 ha sido un símbolo muy fuerte para el pensamiento ecologista en América Latina, con la presencia de Alberto Acosta en multitud de foros como ex presidente de la Asamblea Constituyente.

En Bolivia, en Cochabamba en abril de 2010, se celebró un gran encuentro tras el fracaso de la reunión de Naciones Unidas en Copenhague, tratando de posicionar a Evo Morales como líder ecologista radical del sur; pero ni él mismo ni su vicepresidente García Linera (quien cree que el ecologismo es un lujo para ricos) estaban por esa labor sino más bien por la explotación de la Amazonía como en el plan de la carretera del TIPNIS. El gobierno de Bolivia representado todavía por Pablo Solón no fue acompañado por ningún

otro gobierno en su denuncia sobre el tema del cambio climático en Cancún en diciembre de 2010.

No obstante, las ideas ecologistas se difunden y crecen. Naomi Klein reconoce en su influyente libro de 2014 sobre el cambio climático que ella aprendió el concepto de “deuda ecológica” en 2009 de la joven embajadora boliviana en Naciones Unidas en Ginebra, Angélica Navarro. El libro defiende explícitamente la estrategia del proyecto Yasuni ITT de “dejar el petróleo en tierra”.

La incapacidad de los gobiernos de tomar el ecologismo como tema principal, es más, la represión y la “criminalización” del ecologismo popular, está abriendo espacio para un ecologismo político que se opone tanto a los gobiernos neoliberales como a los nacional-populares. Ambos comparten el “consenso de los commodities” (Svampa, 2012). Existe pues un pensamiento ecologista latinoamericano maduro en la teoría aunque incipiente en la práctica política que plantea nuevos principios de gobernanza ambiental internacional en lo que respecta al cambio climático, y también en la crítica del extractivismo, de la biopiratería y del comercio ecológicamente desigual, en la defensa de los derechos de la naturaleza, del derecho humano al agua y en el manejo integral y sustentable de los recursos. Actúa en todas las instancias donde se dirime la suerte de las poblaciones y sus hábitats y recursos. Fuera de los gobiernos y dentro de ellos.

¿Cabe una alianza con las antiguas izquierdas? Algunos marxistas latinoamericanos como Mariátegui fueron agraristas, es decir, enfatizaron el papel de la naturaleza y su población humana dentro de los análisis de la estructura económica y apoyaron la continuación o restauración de las comunidades campesinas e indígenas que hoy son las que más protestan contra el extractivismo. Angel Palerm y Eric Wolf en Mesoamérica unieron en sus estudios la historia social, la antropología y el marxismo entre 1960 y 1980.

El capitalismo lleva a una “ruptura metabólica”. Cuando algún eco-marxista recuerda hoy a Marx y su queja en *El Capital* (Vol.3, Cap. 47), citando a Liebig, de que la agricultura capitalista rompía el metabolismo (*Stoffwechsel*) ya que los nutrientes no eran repuestos, puede añadir que eso es exactamente lo que sucede con la exportación de bananos o de soja. El capitalismo no es capaz de renovar sus condiciones de producción, no reemplaza los nutrientes, erosiona los suelos, agota o destruye los recursos renovables (como la pesca y los bosques) y los no renovables (como los combustibles fósiles y otros minerales). Y además destruye biodiversidad, lo que Marx no mencionó todavía, aunque sí destacó que el desarrollo de las fuerzas productivas tiene en el capitalismo una gran fuerza destructiva. Así pues, el anti-ecologismo no puede esconderse bajo la saya de Marx para apoyar la minería

a cielo abierto, los monocultivos de árboles, la explotación petrolera o el *fracking* del gas de esquisto.

Cabe reconocer también, en apoyo del eco-socialismo, la teoría de la Segunda Contradicción del Capitalismo, presentada por el economista James O'Connor ya en 1988, en el primer número de la revista *Capitalism, Nature, Socialism*. Enrique Leff en *Ecología y Capital* en 1986 y O'Connor explicaron que los crecientes costos sociales y ambientales que causa el (mal contado) crecimiento de la economía, son la causa de la explosión de protestas ecologistas. Actualmente hay un proceso en el mundo, como nunca antes, de desposesión de tierras indígenas y campesinas, de expropiación de manglares por la industria camaronera, de acaparamiento de tierras para plantaciones de árboles o agro-combustibles, para megaminería y represas, para extracción de gas y petróleo, a cargo de empresas privadas o estatales, procesos neo-coloniales de apropiación de recursos naturales y territorios donde aparecen actores nuevos como las empresas chinas. Hay también muchas resistencias, que, en el ámbito urbano, incluyen las cooperativas de recicladores o "pepenadores" de basuras urbanas, que desempeñan un papel tan importante y tan escasamente reconocido. Estas iniciativas están agrupadas en una Red Latinoamericana de Recicladores o Recuperadores Urbanos que han obtenido éxitos notables, como en Bogotá con el liderazgo de Nohra Padilla (premio Goldman de 2014).

8. CONCLUSIÓN

En lo anterior, hemos reconstruido diversas corrientes del pensamiento latinoamericano ambientalista o ecologista (donde ambas palabras se usan como sinónimas). La historia y las culturas propias han influido en ese pensamiento. Sus principales elaboradores no han sido los organismos estatales ni, menos aun, las empresas.

Un elemento común del pensamiento ecologista latinoamericano (ausente en Europa y también en la India, por ejemplo) es la conciencia del desastre demográfico tras la Conquista, y junto con esto un tal vez justificado desdén por los enfoques malthusianos. El ecologismo de un Paul Ehrlich ("La bomba de la población", 1968) no ha tenido éxito en América Latina donde la densidad de población es en general baja (en comparación con Europa o Asia oriental y del sur).

Hubo una profunda discusión en América Latina en los gobiernos desde los inicios de la década del setenta y de la mano de la Oficina Regional del PNUMA para establecer una posición ambiental compartida. El enfoque de "Los límites al crecimiento" del Informe Meadows de 1972 cosechó un rechazo general en las esferas oficiales de América Latina. Se ha librado una lucha exitosa demostrando que la problemática no se encuentra en la finitud de los recursos sino en su distri-

bución. Sin embargo, 40 años después de esta polémica encontramos que efectivamente hoy ya la finitud de recursos y de sumideros está operando al punto de ser imposible un consumo igualitario similar al de los países ricos sin cambiar radicalmente la tecnología de consumo y de producción. Las tendencias mundiales actuales son negativas respecto a la pérdida de biodiversidad y al cambio climático.

Es posible, sin embargo, que la población mundial alcance su máximo hacia 9 mil millones en 2050, para entonces será una población mayoritariamente urbana como lo es ya en América Latina. El ecologismo urbano tiene un gran campo por delante en la investigación y en las políticas públicas.

La demanda de materias primas y, por tanto, la destrucción ambiental continuará, aunque tal vez a ritmo menor si la economía mundial también deja de crecer dentro de pocas décadas. Hay que recordar que la energía no se recicla y los materiales se reciclan solo en parte, por tanto la marcha hacia las fronteras extractivas difícilmente se detendrá incluso con una economía mundial sin crecimiento a menos que haya un cambio tecnológico enorme que deje de lado el carbón, el petróleo y el gas y metales como el hierro, la bauxita, el cobre. Además, el impulso a la producción adicional de biomasa (para agro-combustibles, para papel, para el consumo de carne), abre nuevas fronteras extractivas, destruye bosques, desplaza poblaciones. El crecimiento de ciudades e infraestructuras provoca nuevos conflictos por ocupación de suelos, por el acopio de arenas y gravas y la contaminación en la producción de cemento.

La conciencia irritada por la explotación exterior es antigua, podemos identificarla con la poderosa idea de las “venas abiertas”. Nada semejante existe actualmente en el ambientalismo de Estados Unidos ni en Europa (aunque sí pueda existir en alguna de sus regiones –el propio Georgescu-Roegen fue explícitamente influido por los conflictos respecto del petróleo de Rumania). Eso ha llevado a la denuncia cuantificada del intercambio económica y ecológicamente desigual. Al mismo tiempo, hay que reconocer la existencia de elites exportadoras también muy propiamente latinoamericanas que han disfrutado de periódicas bonanzas y crearon metrópolis como San Pablo y Buenos Aires. Suelen ser militantemente anti-ecologistas y anti-indígenas, al igual que los “ruralistas” brasileños liderados por Katia Abreu.

Hemos notado también (lo que supone una gran diferencia con los ambientalismos europeo o norteamericano, pero es un rasgo común con la India) la presencia de un orgullo etno-ecológico y agro-ecológico presente particularmente en los Andes y Mesoamérica, con propuestas con racionalidad ecológica productiva que pueden reconstruirse desde los trabajos de Hernández Xolocotzi, Gómez Pompa y

Víctor Toledo en México, a los que se podría añadir los del genetista Oscar Blanco en el Cuzco, los de AGRUCO en Bolivia y tantos otros. En general, los gobiernos no lo han apoyado.

Existe asimismo un ambientalismo conservacionista latinoamericano común al de otros continentes, una admiración compartida desde Humboldt con la ciencia europea (que es al mismo tiempo ciencia americana) por la enorme riqueza biológica de los muy diversos ecosistemas, solo en parte explorada. La riqueza biológica extraordinaria no solo del bosque húmedo amazónico sino de muchos otros ecosistemas (como la Mata Atlántica en Brasil, los manglares y arrecifes de coral, los páramos andinos, los bosques tropicales secos, el Pantanal y otros humedales y bañados) se ve también como promesa de una potencialidad económica no confirmada todavía (tal vez en los polémicos pagos por servicios ambientales) y por otro lado lleva periódicamente a protestas contra la biopiratería.

Existe una conflictividad local y “*glocal*” creciente en torno a la extracción y exportación de recursos naturales. Esta conflictividad nutre y es amparada por una doctrina del “ecologismo popular” o “ecologismo de los pobres e indígenas empobrecidos” muy propia de América Latina y compartida con África, con la India, con el Asia sudoriental, que se vincula al movimiento de poblaciones minoritarias de Estados Unidos por la “justicia ambiental” y contra el “racismo ambiental”. La resistencia contra la expropiación de la naturaleza es lo que ha dado lugar al creciente ecologismo popular; a los movimientos de justicia ambiental en todo el mundo, a las protestas contra las injusticias climáticas e injusticias hídricas, a la defensa de los bienes comunes. Esa conflictividad lleva a una gran producción intelectual que incluye la construcción de inventarios de conflictos a cargo de redes de activistas que trabajan fuera de las universidades. Los Estados han desconocido este movimiento, cuando no lo han reprimido. Este ecologismo latinoamericano que nace de conflictos locales se percibe también en muchas de las novelas latinoamericanas de contenido ecológico de los últimos 100 años (aunque la palabra “ecología” no aparezca en ellas) y, seguramente, también en el cine latinoamericano.

Por último, más allá de las muchas experiencias locales tradicionales o actuales que muestran una “racionalidad ecológico-productiva”⁸, hay señales recientes de un naciente ecologismo político latinoamericano post-extractivista y post-desarrollista que trasciende la división entre gobiernos neoliberales y nacional-populares. Algunos lo llamarían eco-socialismo. Este ecologismo político es muy distinto del de los partidos verdes europeos centrados en la “eco-eficiencia”. El

8 Véase el capítulo 9 de David Barkin y Blanca Lemus, en este libro.

post-extractivismo es intelectualmente poderoso pero políticamente débil todavía. Trata de abrirse paso con propuestas concretas de gobernanza continental e internacional (moratorias petroleras, moratorias a la minería de oro a cielo abierto, campañas contra la represas, campañas contra los “desiertos verdes” de pinos o eucaliptos, defensa de las semillas propias). En vez del objetivo del desarrollo económico, propone un Buen Vivir y propone dar derechos a la Naturaleza. El concepto latinoamericano de la “deuda ecológica” ha sido muy fructífero y ya provocó debates importantes, al igual que el derecho humano al agua. Los impuestos ambientales a la exportación de recursos naturales y la Iniciativa Yasuní ITT son propuestas con futuro. América Latina está en una encrucijada donde varias teorías políticas y económicas críticas todavía están buscando un punto de convergencia con el ecologismo que les dará la posibilidad de presentar una verdadera alternativa al extractivismo que ha sido la característica permanente de la historia latinoamericana y nunca antes con un volumen tan enorme como en la actualidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Abranches, S. 2006 ‘A ecología de Grande Sertao: Veredas’ en <http://www.oeco.org.br/sergio-abranches/16507-oeco_15318>.
- Alimonda, H. (ed.) 2011 *La naturaleza colonizada. Ecología política y minería en América Latina* (Buenos Aires: CICCUS / CLACSO).
- Amado, J. 1943 *Terras do sem fim* (S/d: Livraria Martins).
- Ángel Maya, A. 1996 *El Reto de la Vida* (Bogotá: Ecofondo).
- Arguedas, J. M. 1985 ¿He vivido en vano? Mesa Redonda sobre ‘Todas las Sangres’, 23 de junio de 1965 (Lima: IEP).
- Baud, Michiel 2003 *Intelectuales y sus utopías. Indigenismo y la imaginación de América Latina* (Amsterdam: CEDLA).
- Baud, Michiel 2013 ‘Ideologies of progress and expansion: Transforming indigenous culture and conquering nature in Latin America, ca. 1870’ en *The emergence of new modes of governance of natural resources use and distribution in Latin America and Ecuador* en ENGOV, Working Paper N° 4: 7-25.
- Boff, Leonardo 1996 *Ecología: Grito de la Tierra, Grito de los Pobres* (Buenos Aires: Lumen).
- Borgstrom, G. 1965 *The Hungry Planet* (New York: Collier).
- Carrere, R. y L. Lohman 1996 *Pulping the South. Industrial tree plantations and the world paper economy* (Londres: Zed) [Edición castellana: *El papel del Sur. Plantaciones forestales en la estrategia papelera internacional* (Montevideo: Red mexicana frente al libre comercio / Instituto del Tercer Mundo, 1996)].

- Chamosa, Oscar 2010 *The Argentine Folklore Movement. Sugar Elites, Criollo Workers, and the Politics of Cultural Nationalism, 1900-1955* (Tucson: University of Arizona Press).
- Crosby, A. W. 2004 *Ecological Imperialism. The biological expansion of Europe 900-1900* (Cambridge: Cambridge University Press) Edición revisada.
- Cushman, G. T. 2013 *Guano and the Opening of the Pacific World. A Global Ecological History* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Deléage, J. P. 1994 *Historia de la Ecología* (Barcelona: Icaria).
- Delgado Ramos, G. C. (ed.) 2010 *Ecología política de la minería en América Latina* (México: UNAM).
- Denevan, W. M. 1980 “Tipología de configuraciones agrícolas prehispánicas” en *América Indígena*, Vol. XL, N° 4: 619-652.
- Descola, Philippe 1986 *La Nature domestique: symbolisme et praxis dans l'écologie des Achuar* (Paris: Ed. de la Maison des sciences de l'homme / Fondation Singer-Polignac).
- Dore, E. 1994 “Una interpretación socio-ecológica de la historia minera latinoamericana” en *Ecología Política*, N° 7: 49-68.
- Drummond, José Augusto 1997 *Devastação e preservação ambiental no Rio de Janeiro* (Niterói: Editora da Universidade Federal Fluminense).
- Escobar, A. 2010 ‘Latin America at a crossroads. Alternative modernizations, post-liberalism, or post-development?’ en *Cultural Studies*, Vol. 24, N° 1: 1-65.
- Estenssoro Saavedra, F. 2014 *Historia del debate ambiental en la política mundial 1945-1992. La perspectiva latinoamericana* (Santiago de Chile: Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile).
- Falconí, F. 2013 *Al sur de las decisiones. Enfrentando la crisis del siglo XXI* (Quito: El Conejo).
- Farah H., I. y Vasapollo, L. (eds.) 2011 *Vivir bien, ¿paradigma no capitalista?* (La Paz: CIDES / UMSA).
- Ferrer, A. 1983 “*Vivir con lo nuestro*”- para romper la trampa financiera y construir la democracia (Buenos Aires: El Cid Editores).
- Funes Monzote, R. 2004 *De bosque a sabana: azúcar, deforestación y medio ambiente en Cuba, 1492-1926* (México: Siglo XXI).
- Funtowicz, Silvio O. y Ravetz, Jerome R. 2000 *La ciencia posnormal. Ciencia con la gente* (Barcelona: Icaria).
- Gallopín, G. (ed.) 1995 *El futuro ecológico del continente. Una visión prospectiva de la América Latina* (Tokio / México: Editorial de la UNU / Fondo de Cultura Económica) 2 Vols.

- Garfield, S. 2013 *In Search of the Amazon. Brazil, the United States, and the Nature of a Region* (Durham / Londres: Duke University Press).
- Gligo, N. y Morello, J. 1980 "Notas sobre la historia ecológica de América Latina" en *Estudios Internacionales*, Vol. 13, N° 49: 112-148.
- Gligo Viel, Nicolo y Sunkel, Osvaldo (coord.) 1980 *Estilos de desarrollo y medio ambiente en la América Latina* (México: Fondo de Cultura Económica) 2 Tomos.
- Gootenberg, P. 1993 *Imagining Development: Economic Ideas in Peru's 'Fictitious Prosperity' of Guano, 1840-1880* (Berkeley: University of California Press).
- Grillo, Eduardo *et al.* 1988 *Ciencia y Saber Campesino Andino* (Lima: PRATEC).
- Gudynas, E. 2009 *El mandato ecológico. Derechos de la naturaleza y políticas ambientales en la nueva Constitución* (Quito: Abya Yala).
- Hidalgo-Capitán, A. L. *et al.* 2014 *Antología del pensamiento indigenista ecuatoriano sobre Sumak Kawsay* (S/d: Universidad de Huelva y Universidad de Cuenca).
- Hochstetler, K. y Keck, M.E. 2007 *Greening Brazil. Environmental Activism in State and Society* (Durham / Londres: Duke University Press).
- Humboldt, A. von 1980 *Cartas Americanas* (Caracas: Biblioteca Ayacucho).
- Leff, E. 1986 *Ecología y Capital* (México: Siglo XXI).
- Leff, E. 2006 *Aventuras de la Epistemología Ambiental. De la Articulación de las Ciencias al Diálogo de Saberes* (México: Siglo XXI).
- Machado Araoz, H. 2014 *Potosí, el origen. Genealogía de la minería contemporánea* (Buenos Aires: Mardulce).
- Martínez-Alier, J. y Roca Jusmet, J. 2013 *Economía ecológica y política ambiental* (tercera edición) (México: Fondo de Cultura Económica).
- Martínez-Alier, J. 2005 *El ecologismo de los pobres. Conflictos ambientales y lenguajes de valoración* (Barcelona: Icaria).
- Martínez-Alier, J. 1992 *De la economía ecológica al ecologismo popular* (Barcelona: Icaria).
- Melville, E. 1999 *Plaga de ovejas. Consecuencias ambientales de la conquista de México* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Pádua, J. A. 2010 'European colonialism and tropical forest destruction in Brazil' en Mc Neill, J. R.; Pádua, J. A. y Rangarajan, M. (eds.) *Environmental History. As if Nature existed* (Delhi: Oxford University Press).
- Pádua, J. A. 2002 *Um sopro de destruição: pensamento político e crítica ambiental no Brasil escravista, 1786-1888* (Rio de Janeiro: Jorge Zahar).

- Palerm, A. 1978 *Obras hidráulicas prehispánicas en el sistema lacustre del Valle de México* (México: INAH).
- Pérez Rincón, Mario Alejandro 2014 'Conflictos ambientales en Colombia: inventario, caracterización y análisis' en Garay, Luis Jorge (dir.) *Minería en Colombia: Control público, memoria y justicia socio-ecológica, movimientos sociales y posconflicto* (Bogotá: Contraloría General de la República) pp. 253-325.
- Porto, M. F.; Pacheco, T. y Leroy, J. P. (eds.) 2013 *Injustiça Ambiental e Saúde no Brasil: o mapa de conflitos* (Rio de Janeiro: Fiocruz).
- Robleto, M. L. y Marcelo, W. 1992 *La deuda ecológica, una perspectiva sociopolítica* (Santiago de Chile: Instituto de Ecología Política).
- Sachs, W. (ed.) 1996 *Diccionario del desarrollo: una guía del conocimiento como poder* (Lima: PRATEC).
- Santiago, M. I. 2006 *The Ecology of Oil. Environment, Labor and the Mexican Revolution, 1900-1938* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Sejenovich, H. y Panario, D. 1996 *Hacia otro desarrollo: Una perspectiva ambiental* (Montevideo: Redes, Nordan).
- Sevilla Guzmán, E. y Martínez-Alier, J. 2006 'New Rural Social Movements and Agroecology' en Cloke, P. Marsden, T. y Mooney, P. (eds.) *Handbook of Rural Studies* (Londres: Sage).
- Simonian, L. 1999 *La Defensa de la Tierra del Jaguar: una historia de la conservación mexicana* (México: Semarnap).
- Svampa, M. 2013 "Consenso de los *commodities* y lenguajes de valoración en América Latina" en *Nueva Sociedad*, N° 244: 30-46, marzo abril.
- Svampa, M. 2011 "Modelos de desarrollo, cuestión ambiental y giro eco-territorial" en Alimonda, H. (ed.) *La naturaleza colonizada. Ecología política y minería en América Latina* (Buenos Aires: CICCUS / CLACSO).
- Tudela, F. (ed.) 1990 *Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina* (Madrid: MOPU).
- Vavilov, N. I. 1992 *Origin and Geography of Cultivated Plants* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Wagner, L. 2014 *Conflictos socioambientales. La megaminería en Mendoza, 1884-2011* (Quilmes: Editorial UNQ).
- West, James & Schandl, Heinz 2013 'Material Use and Material Efficiency in Latin America and the Caribbean' en *Ecological Economics*, N° 94: 19-27.